

transpuesta por una fuerza, que es la de su existir propio, que resulta denodadamente cósmica y ajena a todo prejuicio.

Lo que ocurre con los dibujos o pinturas cinematografiados me parece que es una experiencia que todos poseemos. Una pintura adquiere una vez proyectada en el telón una profundidad y riqueza verdaderamente asombrosas. Lo que en el cuadro se adivinaba en la pantalla se ve. Las miradas se hacen agudas o desvaídas, las cejas multiplican su densidad, la piel tensa sus turgencias o acusa las vejeces, los planos estructuran definitivamente las distancias, la pintura íntegra pasa a un estado de madurez y grandeza que su mismo creador no sospechaba. Todo un mundo subyacente ha emergido de no sabemos qué profundidades y ha dotado a la obra de un poder del que antes carecía que, desde luego, no es el poder de la belleza. Es este un curioso hecho que no responde tan sólo a una vivencia personal mía, sino que está confirmado por la opinión de cuantas personas he suplicado que reflexionen sobre él. Las pinturas y dibujos poseen una enorme subexpresividad que permanece oculta y contenida por la presencia del valor estético, pero una vez proyectadas en el telón emerge con tal imperio que lo puramente estético desaparece y es sustituido por algo nuevo que potencia la obra y que, desde luego, no provoca en el espectador la «claritas» estética, sino una vivencia perfectamente distinta y diferenciada. Tal acontecimiento ofrece un campo pródigo en posibilidades a la reflexión.

Hay muchas vetas más que explorar y explotar en el veneno de lo subexpresivo, pero sin duda una de las principales que hasta ahora he eludido radica en averiguar cuáles son los elementos que lo constituyen, es decir, en qué consiste la subexpresividad. A mi juicio su consistencia está en el juego con el espacio. Se trata de alteraciones en el «estar» de las cosas provocadas por la remoción de la percepción habitual del espacio.

La subsistencia física de los seres necesita como propiedad

